

## ¿Es el nacionalismo vasco anacrónico?

*Euzko Gaztedi*, 1965-11: 3.

Los vascos tenemos que enfrentarnos frecuentemente a la incompreensión de lo que son nuestras aspiraciones nacionales, y a veces hasta la ironía de quienes se consideran por encima de esta pretendida limitación de lo nacional.

Los que generalmente ponen reparos a nuestras aspiraciones nacionales son aquellos que disfrutan, sin saberlo, de esta libertad, no han tenido que sufrir por ella, y no comprenden cómo se le puede echar en falta.

Estos "antinacionalistas" no se dan cuenta que, en un estadio diferente, los vascos estamos luchando, sencillamente, por la libertad que ellos tienen, pero a nosotros nos falta.

El argumento fundamental de esto menosprecia a una inspiración que ellos consideran anacrónica es que la humanidad está caminando con pasos de gigante hacia una integración universal.

Y esto es verdad, sin duda alguna.

Desde Marx, hace un siglo, hasta el jesuita (muy lejos de ser marxista) Teilhard de Chardin, están de acuerdo en que la humanidad está caminando hacia la socialización, están de acuerdo en que la humanidad se aboca a una integración humana en dimensión planetaria. Y no hay que ser muy vivo para verlo a través de las tendencias del crecimiento de población, del desarrollo de las comunicaciones, de los logros de las investigaciones científicas y del instinto que guía al hombre hacia la organización comunitaria.

Pero esta verdad, como todas, tiene su estructura, su propia dimensión.

Esta verdad que exhiben los que están al cabo de toda limitación, porque creen equivocadamente que el mundo se organizará de un momento a otro en una unidad de hombres iguales, sin matrices, sin diferencias, están cayendo en una utopía más absurda de la que nos están achacando. Porque esta aspiración está más desarraigada, tiene menos sentido de dirección causa efecto, que el pretendido absurdo de nuestra integración lenta a través de las unidades nacionales.

Pero vamos a contestar a estos antinacionalistas razonando nuestra respuesta:

Ellos preguntan que si estamos caminando hacia una integración mayor, ¿por qué revivir el recuerdo de las viejas fronteras?

Primero, que nos preocupan estas fronteras porque son o no son viejas, sino porque son o no son justas. Y no hay una justicia que sea despreciable por vieja si sigue siendo justicia. Hay muchos principios que siguen siendo válidos para el hombre desde hace miles de años.

Segundo. Estamos (en lo que nos une) todos de acuerdo en que la humanidad camina hacia unidades de integración más grandes en lo económico, en lo político y en lo social. Aquí no hay más reparos que las de algunos conservadores a ultranzas que

quedarán rezagados y abandonados en el camino, como han quedado los inadaptados en todas las épocas.

Pero, ¿cómo llevará la humanidad a cabo esta integración?

Para que esta integración sea integración humana, o sea, a la medida del hombre, hay que partir de alguna clase de unidad de integración que tenga también su dimensión, y que, además, responda a bases de justicia para el hombre, que responda a valores que son significativos para él.

Para organizar planetariamente una sociedad en libertad, tiene que partir de principios de libertad.

Esta debe, sin duda alguna, encaminarse a ser una organización superior para hombres, y no un campo de concentración.

¿Cuál puede ser, entonces, esta unidad que sea justa y a la medida del hombre? ¿El estado actual? ¿El Estado, que ha sido generalmente el fruto deshonesto del juego de la fuerza, de la guerra de la coacción, del engaño, que es la expresión de lo que se quiere destruir, basado en un concepto caduco de la ley del más fuerte? ¿Cómo se van a integrar China y la Unión Soviética, con sus problemas fronterizos? ¿Cómo se van a integrar la India y el Pakistán? ¿Cómo se van a integrar Alemania y Polonia, con el lastre viejo de todos sus problemas? Y así miles. ¿Y cómo nos vamos a integrar nosotros, los vascos, en paz, con una frontera absurda, que divide nuestro pueblo en dos?

No, esta unidad estatal que ha sido una escoria de guerras durante los últimos siglos no es útil al hombre del futuro.

¿Cuál va a ser, entonces, esta unidad?

Sin duda alguna, la unidad que destaca como la más significativa, la de mayor estabilidad, la que está más a la medida del hombre, la unidad natural de parentesco espiritual, de afinidad de intereses culturales, y en cierta medida también económicos (aunque ésta admite otros denominadores) es *la nación*.

A esto aspiramos los vascos, a integrarnos mundialmente a través de este camino de integración lógica en lo espiritual, en lo cultural, social y en lo económico, y buscar a través de este camino, a proseguir la experiencia humana de superación que está en marcha.

Y llegamos por este camino (que no será de un año ni de cincuenta) hasta donde lleguen los demás pueblos, a correr la misma suerte.

Los vascos partimos del principio de que la integración universal debe hacerse, si queremos que sea estable, a través de principios que respeten al hombre, y llegue a constituir en su meta una sociedad basada en el consentimiento y la tolerancia de lo diverso, y no en un campo de concentración.

Recordemos que este es un objeto humano, para el servicio del hombre.

De ahí que frente a la dirección que ha tomado políticamente la concepción de Marx, preferimos la que expone el sabio religioso Tleihard de Chardin.

A través de ella se descubre que nuestras aspiraciones nacionales no son un obstáculo a la integración universal, sino el único camino válido para que esta experiencia que estamos viviendo constituya una conquista superior del hombre.